

Recordatorio del Dr. Terencio Gioia (1923-2004)

Trayectoria médica: Jefe de Sala de Traumatología del Hospital Dupuytrén en la Especialidad de Cirugía de Columna.

Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) en función didáctica.

Profesor Titular del Instituto de APA en los Seminarios de Psicopatología I, Teoría de la Técnica I y II, así como del Seminario sobre Narcisismo. Relator oficial de dicha sociedad en Congresos Latinoamericanos y de IPA junto a sus amigos Benito López y Natalio Cvik.

Miembro Fundador de APdeBA.

RECORDATORIO

Fundador y Coordinador de CAPS en la que trabajó con sus amigos y colaboradores, Norberto Helman, Hugo Lerner y José Valeros, en especial con éste último quien fue su amigo incondicional en los últimos diez años.

Profesor Adjunto en el Seminario de Teoría de la Técnica del que fuera su reconocido maestro y amigo Dr. R. Horacio Etchegoyen. Profesor Titular de Psicopatología y de Narcisismo, un Seminario Especial junto a los Dres. Vicente Galli, César Forster, Elgar Buttafuoco y Susana Dupetit (APA-APdeBA).

Relator Oficial junto a su gran amigo Moisés Rabih y la Dra. Elizabeth Tabak de Bianchedi en el Congreso Latinoamericano, 1974.

Fue Profesor Titular de Teoría de la Técnica junto a los Dres. David Liberman y Elsa Garzoli, también colegas y amigos.

Su interés por la Etología lo llevaron a una muy vasta producción, que fue compilada y comentada por su esposa la Dra. Susana Dupetit, en el libro *Etología y Psicoanálisis*, prologado para su reconocido maestro, por su amiga la Dra. Cecilia Millonschik de Sinay y el Dr. R. Horacio Etchegoyen.

SEMBLANZA A MANERA DE UNA EVOCACION PERSONAL

Me imaginaba en una escena alrededor de una mesa en la que cenábamos, como tantas veces lo hicimos, y a mí mirando a Terencio a la cara y diciéndole, como si estuviésemos haciendo un juego de caracterizarnos el uno al otro: “Terencio, el contundente”. Y así ... fue en la vida, en sus acciones y en sus pensamientos: dejaba imágenes indelebles en los demás.

El amigo dilecto de Terencio en sus años de juventud fue Fernando de Elejalde, un psicoanalista argentino que emigró a Estados Unidos de Norteamérica. Hacen cuarenta años que yo conocí a Terencio en U.S.A. en el mundo de los recuerdos de Fernando, y en verdad que en esos relatos se destacaban los rasgos personales de Terencio, que varios años después pude ver confirmados cuando lo encontré en Buenos Aires en carne y hueso.

Solemos llamar “un personaje” a aquellas personas que por sus cualidades nítidamente definidas se perfilan con toda claridad y producen imágenes que se destacan. Las características propias de Terencio no sugerían adjetivos pálidos como “sencillo”, “habitual”, “común”; por el contrario aparecían extremas, desusuales y a veces osadas.

Sabíamos que había sido presidente de la Federación Universitaria Argentina, en una época en que esa agrupación enfrentó al gobierno de Perón, con huelgas severas y hasta con violencia armada, en las que Terencio arriesgó la vida. Con la misma drasticidad que enfrentó a Perón, cincuenta años más tarde, criticó su activismo político como “descabellado fruto de la inmadurez”.

No había medias tintas en nada de la vida de Terencio y eso contribuía a esa cualidad de “personaje”.

Intelectualmente era igual: sobre cualquier tópico su posición era que lo sabía o que no lo sabía. Nada de ambigüedades, ni dudas, pero estaba muy cómodo de decir “no sé”.

A mi regreso al país nos recibió con cierta amabilidad por venir nosotros introducidos por Fernando, el amigo en común, pero por años no nos vimos ni nos tratamos. Después, por motivos que desconozco, Terencio me invitó a participar en la Comisión de Admisión y Promoción de Socios; tarea que compartimos por unos cinco años. Al mismo tiempo yo fui alumno suyo en un seminario que dio sobre etología. En esa época nos fuimos haciendo muy amigos, quizás “el mejor amigo uno del otro” como dicen los púberes.

Como todas las personas que quisieron a Terencio yo compartí la admiración por su seriedad, su ética inquebrantable, su sinceridad y perseverancia. Pero además me sucedió que otras cualidades de la personalidad de Terencio, que a otros podrían resultar difíciles o rechazables, a mí me resultaban graciosas. Terencio era muy terminante e inflexible, a veces, y eso no me molestó. Creo que a él le pasaba lo mismo conmigo; ante alguna de mis excentricidades o dificultades, él se reía. No conozco la explicación del por qué teníamos esa hospitalidad mutua, para la forma en que estábamos organizados.

Como es conocido, Terencio dedicó entusiasmo y esfuerzo a elucidar temas teóricos en el Psicoanálisis, especialmente aspectos abstractos de la teoría de los instintos y sus posibles correlaciones con la etología. En esa pasión de él, yo no lo pude acompañar y no estoy en condiciones de comentar en detalle. Pero creo poder señalar dos puntos que a él le fueron de suprema importancia: superar incongruencias lógicas en la teoría psicoanalítica en general y en la de los instintos en particular. Más allá de los temas específicos que discutió, se ve en sus ensayos su pasión por la congruencia del pensamiento en general.

En sus ensayos dedicó especial atención al tema del instinto de muerte, formulación teórica con la que estaba en desacuerdo. Vinculada a esa inquietud, Terencio se ocupó de temas relacionados, y a un nivel más cercano a la clínica: el problema del acting-out y de la transferencia negativa.

Finalmente una palabra sobre una cualidad admirable de Terencio. A lo largo de muchos años de intimidad, compartí de cerca muchos infortunios que le tocaron vivir en los últimos veinte años de su vida, adversidad en un emprendimiento económico y además variadas, múltiples e invalidantes enfermedades orgánicas.

Lo vi afrontar un destino tan difícil con una entereza sin claudicación a pesar de estar enteramente conectado a su sufrimiento.

Me quedó para el final mencionar otro mérito de Terencio, no muy común, él adoraba a su profesión, el Psicoanálisis.

José Antonio Valeros